

tos á los que hay que alimentar como si se tratara de seres humanos!

¡Podían haberle salvado merced á los buenos oficios del Departamento de Matrimonios, por conducto de la Dirección general de Instrucción pública y con la intervención del Virrey!



LA ROTA DE LOS HÚSARES BLANCOS

¡Ni á la luz ni en campo abierto
hemos tirado la espada,
sino en la noche callada
y junto al vado desierto!
¡En la triste soledad
furioso el viento rugía,
y el agua se revolvía,
envuelta en la obscuridad!
¡Surgió el Miedo, bien armado;
luego el Pánico llegó
y... todo el mundo corrió
por el Pánico, empujado!

(En el Tribunal.)

No falta quien sostenga que un regimiento de caballería inglesa no puede huir.

¡Inmenso error! ¡He visto cuatrocientos treinta y siete sables, volando, más que corriendo, en todas direcciones, á impulsos de un terror abyecto; he visto al mejor regimiento que jamás manejó bridas, borrado por espacio de dos horas, de los cuadros del ejército!

tos á los que hay que alimentar como si se tratara de seres humanos!

¡Podían haberle salvado merced á los buenos oficios del Departamento de Matrimonios, por conducto de la Dirección general de Instrucción pública y con la intervención del Virrey!



LA ROTA DE LOS HÚSARES BLANCOS

¡Ni á la luz ni en campo abierto
hemos tirado la espada,
sino en la noche callada
y junto al vado desierto!
¡En la triste soledad
furioso el viento rugía,
y el agua se revolvía,
envuelta en la obscuridad!
¡Surgió el *Miedo*, bien armado;
luego el *Pánico* llegó
y... todo el mundo corrió
por el *Pánico*, empujado!

(*En el Tribunal.*)

No falta quien sostenga que un regimiento de caballería inglesa no puede huir. ¡Inmenso error! ¡He visto cuatrocientos treinta y siete sables, volando, más que corriendo, en todas direcciones, á impulsos de un terror abyecto; he visto al mejor regimiento que jamás manejó bridas, borrado por espacio de dos horas, de los cuadros del ejército!

Si repite usted este cuento delante de los húsares blancos, es más que probable que le traten á usted muy mal. No están orgullosos del incidente.

A los húsares blancos les puede usted reconocer por su aspecto, muy superior al de todos los demás regimientos de caballería de que hablan los reglamentos; y si con esto no tiene usted bastante, les reconocerá por la calidad de su aguardiente, que lleva sesenta años en las bodegas del círculo y es más que digno de que se le pruebe.

Pida usted aguardiente de Mc Gaire y verá lo que le dan. Si el sargento encargado de la bodega, cree que es usted persona poco *educada* é indigna del género legítimo, procederá conforme con esta opinión. ¡Es un hombre excelente!

¡Ah!, pero no hable usted jamás de marchas forzadas ni de grandes carreras en el círculo: es muy susceptible, y si cree que se ríe usted de los socios se lo dirá francamente.

Los húsares afirmaban que el coronel, hombre improvisado, que jamás debió encargarse del mando, había tenido la culpa de todo. El coronel, por su parte, sostenía que el regi-

miento no era excesivamente distinguido. ¡Un regimiento que estaba seguro de saber galopar con todos los caballos, entre todos los cañones y sobre toda la superficie del globo!

Este ultraje fué la primera causa del disgusto. El coronel desechó el caballo de la banda; ¡el caballo que llevaba los timbales de plata! Acaso no comprenda usted toda la enormidad del crimen: trataré de explicárselo.

El alma de un regimiento está encerrada en el cuerpo del caballo que ostenta los timbales de plata y que es casi siempre un animal pío, listado y de mucha alzada.

El color constituye un caso de honra, y los regimientos pagarán lo que se les pida por un jaco pío.

El trabajo del animal no se regula por las disposiciones ordinarias. Es muy ligero y únicamente maniobra al paso, así es que, mientras puede tenerse en pie y conserva hermosa estampa, su bienestar está asegurado.

¡Conoce el regimiento mejor que el ayudante, y si le examinaran no incurriría ni en una equivocación!

Tenía el caballo de mi cuento unas dieciocho *yerbas* y estaba en condiciones de poder

cumplir su cometido. ¡Lo menos le quedaban seis años de excelentes servicios, desempeñados con la solemne dignidad de un tambor mayor de la guardia!

Cuando le compró el regimiento dió por él 1.200 rupias.

El coronel insistió en que había que sustituirle y fué desechado en debida forma, reemplazándole con un animalejo *sin sangre*, bayo, feo como una mula, con cuello de oveja, cola de rata y cascos de buey.

El timbalero le tomó odio, y los mejores animales de la banda, echaron atrás las orejas y pusieron los ojos en blanco al ver al flamante intruso, al que consideraron como un advenedizo y no como un caballero...

Sospecho que las opiniones del coronel respecto al porte distinguido del regimiento se extendían hasta la banda, y que pensaba hacerle tomar parte en los movimientos durante los ejercicios.

Una banda de caballería es sacratísima; sólo funciona en las paradas cuando el general pasa revista, y el jefe de la banda es un grado menos importante que el coronel: una especie de supremo sacerdote con su canto

sagrado el *Keel Row*; es decir, el aire *al trote*. Quien no haya oído ese toque, alzándose sonoro y estridente sobre el ruido que produce el regimiento al desfilarse trotando por delante del jefe, aún tiene algo que ver y que aprender.

Cuando el coronel desechó el caballo hubo casi un motín. Los oficiales se indignaron; el regimiento se puso furioso y los soldados de la banda blasfemaron como... soldados.

El caballo iba á sacarse á subasta; ¡á pública subasta! Acaso para que le comprara un persa y le pusiera á tirar de un carro. ¡Aquello era cien veces peor que exponer la vida íntima del regimiento á la vista de todo el mundo ó que vender la fuente de plata del círculo á un judío; á un miserable judío!

El coronel era hombre de carácter bajo y con pretensiones de bravo. Sabía lo que el regimiento pensaba respecto á su orden, y cuando los soldados se ofrecieron á comprar el *potro*, dijo que aquel ofrecimiento era un acto de insubordinación prohibido y penado por las Ordenanzas.

Uno de los subalternos, un irlandés llamado Hogan-Yale, se quedó en la subasta con el caballo por 160 rupias. El coronel se puso fu-

rioso; el oficial, que era inverosímilmente subordinado, mostróse arrepentido y dijo que le había comprado para evitar que le trataran mal ó le mataran de hambre; pero que estaba dispuesto á pegarle un tiro poniendo así término al asunto.

El coronel pareció tranquilizarse ante aquella promesa: necesitaba que el caballo muriera, porque vió que había cometido una torpeza y como ustedes comprenden, no podía reconocerlo. La presencia del pío era un gran fastidio para el digno jefe.

Yale se echó al colete un vaso de aguardiente, cogió unos cigarros y un amigo llamado Martyn y salió del círculo.

Yale y Martyn conferenciaron durante dos horas en la casa del primero, pero únicamente el perro del oficial irlandés, fidelísimo guardián del calzado de su amo, supo lo que hablaron.

Un caballo, enmantado y encaperuzado hasta las orejas, salió de mala gana de las cuadras de Yale y cruzó las líneas del campamento, llevado por el mozo de cuadra.

Dos hombres penetraron en el teatro del regimiento en donde cogieron botes de pintu-

ra y brochas de las que se usan para pintar decoraciones.

La noche cayó sobre los cuarteles y sólo se oía el ruido producido por un caballo que se hacía pedazos á coces en las cuadras de Yale. El teniente tenía un jaco grande, viejo y blanco listado.

Al día siguiente—era un martes—los soldados, sabiendo que el teniente debía dar muerte al caballo, resolvieron hacerle los más espléndidos funerales: ¡los mismos que le habrían hecho al coronel si se le hubiera ocurrido morir! Alquilaron una carreta, se proveyeron de costales y de muchas coronas de rosas, y el cuerpo del animal, cubierto con los costales, fué conducido al lugar donde se quemaban los que morían de muermo, siguiéndole las dos terceras partes del regimiento.

La banda no fué, pero los soldados entonaron el canto

El sitio en que el viejo
caballo murió.

y otras canciones apropiadas á la ocasión y al objeto.

Cuando el cadáver fué arrojado en la fosa y brazos de flores caían sobre él hasta cubrirle completamente, el veterinario soltó un taco y dijo en voz alta.

—¡Cuerno! lo mismo es ese el caballo de los timbales que lo soy yo.

El sargento mayor (1) le preguntó si se le había perdido la cabeza en la cantina; el veterinario repuso que conocía los cascos del caballo como sus propios pies; pero guardó silencio cuando vió quemado el número del regimiento sobre aquel pobre cuerpo rígido, envuelto completamente entre flores.

Con estas ceremonias se verificó el entierro del caballo de los timbales de plata, perteneciente á los húsares blancos, aunque el veterinario siguió refunfuñando.

Los costales con que se había cubierto el cadáver, estaban de trecho en trecho salpicados con manchas negras, hecho en que no dejó de fijarse el digno veterinario, pero el sargento mayor le pegó un formidable puntapié en una espinilla diciéndole que estaba borracho perdido.

(1) Categoría intermedia entre sargento y oficial.
—(N. del T.)

El lunes siguiente al día del entierro, el coronel se propuso vengarse de sus húsares. Desgraciadamente, era gobernador militar interino, y ordenó que hubiera ejercicio de brigada, diciendo que quería hacerles sudar la diabólica insolencia del martes: cumplió en toda regla su palabra.

¡Aquel lunes fué uno de los días más terribles de que tienen memoria los húsares blancos! Se ordenó el ataque contra un supuesto enemigo y cargaron, se retiraron, desmontaron, y volvieron á montar, practicando científicamente de todos los modos posibles, hasta sudar á chorros, en una llanura cubierta de polvo.

El único momento divertido fué aquel, á la caída del día, en que cargaron sobre una batería de artillería á caballo persiguiéndola más de dos millas. Esta era una cuestión personal y muchos jinetes habían apostado dinero, porque los artilleros se permitieron decir que tenían las piernas de los húsares blancos; en lo que se equivocaron.

Una marcha al paso puso fin á la batalla y cuando los húsares regresaron á su cuartel iban llenos de polvo desde las espuelas hasta los cascos.

El regimiento gozaba de un gran privilegio ganado, sino recuerdo mal, en Fontenoy.

Muchos cuerpos tienen estos privilegios especiales; unos pueden usar los cuellos del uniforme sin uniforme; otros un lazo de cinta entre los dos hombros, y algunos, en ciertos días del año, rosas rojas y blancas sobre sus cascos. Los tales privilegios se relacionan ó con el patrón del regimiento ó con alguna hazaña heroica del cuerpo, y todos son estimadísimos; pero no había ninguno tan alto, tan estimable como el de los húsares blancos, consistente en que la banda tocara mientras los caballos bebían agua.

No tocaba más que una pieza, siempre la misma. Ignoro cómo la llaman; lo único que sé respecto á esto, es, que los soldados la denominan: *Llévame otra vez á Londres*, y es bastante agradable.

¡El regimiento hubiera preferido cien veces verse disuelto á renunciar á tan alta distinción!

Cuando sonó el toque de derecha é izquierda, los oficiales se encaminaron hacia el cuartel para que se prepararan las cuadras, y los soldados se dirigieron con toda comodidad á

las líneas; es decir, se desabrocharon las levitas, se quitaron los cascos y comenzaron á bromear ó jurar según el humor de cada uno.

Los más cuidadosos desmontaban aflojando las cinchas y las cadenas barbadadas de los caballos.

Un buen soldado de caballería aprecia su montura tanto como se aprecia á sí mismo, y cree y debe creer, que los dos juntos, hombre y bruto, son irresistibles para los hombres y para las mujeres, para los cañones y para las doncellas.

El oficial de guardia mandó tocar al *agua*, y el regimiento en masa se dirigió hacia los abrevaderos, situados detrás de las caballerizas y entre éstas y los cuarteles. Los pilones eran cuatro, colocados en escalones y suficientemente grandes, para que en cada uno de ellos bebiera un escuadrón, con lo que si era preciso se podía dar agua al regimiento en diez minutos, aunque por regla general lo mandado era que se emplearan diecisiete, durante los cuales tocaba la banda.

Cuando los escuadrones llegaron al abrevadero comenzó la música, y los soldados sacando los pies de los estribos, empezaron á